



1.ª edición Nausicaa octubre de 2006
Azarbe del Papel, 16 · 30007 Murcia
www.nausicaa.es
www.nausicaaedicion.com

Copyright © Jim Czajkowski, 2004
Copyright © de la traducción, Mari Luz Ponce, 2006
Copyright © de la edición, Nausicaa Edición Electrónica, S.L. 2006

Título original: *Sandstorm*

Reservados todos los derechos. De acuerdo con la legislación vigente, y bajo las sanciones en ella previstas, queda totalmente prohibida la reproducción o transmisión parcial o total de este libro, por procedimientos mecánicos o electrónicos, incluyendo fotocopia, grabación magnética, óptica o cualesquiera otros procedimientos que la técnica permita o pueda permitir en el futuro, sin la expresa autorización por escrito de los propietarios del copyright.

ISBN 13: 978-84-96633-08-7
ISBN 10: 84-96633-08-X
DEPÓSITO LEGAL: CO-1147-2006

Impreso en España - Printed in Spain

Impreso y encuadernado por Taller de Libros, S.L.

Visite la página del libro en:

<http://www.nausicaa.es/ubar.html>

*A Katherine, Adrienne y RJ,
la próxima generación*



PRIMERA PARTE
TORMENTA ELÉCTRICA

X O C B Σ P X H Σ 1 Σ Θ X C Y Θ H



I

FUEGO Y LLUVIA

◇ □ Σ Γ ○ ∩ 1 1 □ ✕ Ψ Ḥ

14 de noviembre, 01:33 am
Museo Británico. Londres, Inglaterra

A HARRY MASTERSON LE quedaban treinta minutos de vida.

Si lo hubiera sabido, habría apurado el último pitillo hasta el filtro. Pero en lugar de hacerlo, tiró el cigarro tras sólo tres caladas y deshizo con la mano la nubecilla de humo que flotaba ante su cara. Si le pillaran fumando fuera de la sala de descanso de los guardias, ese desgraciado de Fleming, el encargado de la seguridad del museo, le metería un marrón de cuidado. Y él ya estaba en periodo de prueba por haber llegado dos horas tarde a su turno la semana anterior.

Harry maldijo en voz baja y se guardó en el bolsillo la colilla. Ya se lo terminaría en el siguiente descanso... si es que conseguían descansar esa noche.

El estrépito de un trueno resonó en las paredes de mampostería. La tormenta invernal había empezado justo al llegar la medianoche, comenzando con una desenfundada descarga de granizo a la que siguió un diluvio, que amenazaba con engullir a Londres bajo el Támesis. Los rayos bailoteaban en zigzag, atravesando toda la amplitud del horizonte. Según la sección meteorológica de la página web de la BBC, se trataba de una de las tormentas eléctricas más feroces de la última década. La mitad de la ciudad sufría un apagón total, que no hacía más que realzar la espectacular descarga de relámpagos.

Y para colmo de Harry, la mala suerte quiso que *esa* mitad de la ciudad sumida en la oscuridad fuera la que incluía el Museo Británico, en Great Russell Street. Aunque contaban con generadores de emergencia, se había convocado a la totalidad de la plantilla de seguridad para que prestaran apoyo de protección adicional en las propiedades del museo. No tardarían más de media hora en llegar. Pero Harry, que tenía asignado el turno de noche, ya se encontraba en su puesto cuando se produjo el apagón. Y a pesar de que las cámaras de vigilancia continuaban operativas en el panel de operaciones, Fleming ordenó a todos los guardias que procedieran de inmediato a realizar un barrido de seguridad a lo largo de los cuatro kilómetros de vestíbulos del museo.

Y eso significaba dividirse.

Harry tomó su linterna y la enfocó hacia el fondo del pasillo. Odiaba las rondas nocturnas, cuando el museo se encontraba en penumbra. La única iluminación existente se colaba a través de las ventanas, procedente de las farolas de la calle. Pero con el corte eléctrico, hasta las farolas se habían apagado. El museo se había sumido en una oscuridad plagada de sombras macabras, únicamente interrumpida por el carmesí de las luces de emergencia.

Harry hubiera necesitado otra mínima inyección de nicotina para templar sus nervios, pero ya no podía demorar más sus obligaciones. Al encontrarse en lo más bajo de la jerarquía de guardias nocturnos, se le había asignado la inspección de los pasillos del ala norte, el punto más alejado del centro de vigilancia subterránea. Pero nadie le había prohibido que tomara un atajo. Dando la espalda al largo pasillo que tenía ante él, cruzó hacia la puerta que conducía al Gran Atrio de la reina Isabel II.

Este patio central, de casi una hectárea, se encontraba justo en medio del Museo Británico. En el centro del atrio, con su espléndida cúpula de cobre, se elevaba la Sala de Lectura, de forma redonda, una de las más selectas bibliotecas del mundo. En lo más alto, la totalidad del patio había sido cercada por un descomunal techo geodésico, obra de Foster & Partners, creando así la mayor plaza cubierta de Europa.

Tras utilizar su llave maestra, Harry se introdujo en el espacio cavernoso. Al igual que el resto del museo, el patio también se hallaba sumido en la oscuridad. La lluvia tamborileaba sobre el elevado techo de cristal.

Aún así, los pasos de Harry producían un eco sordo en el espacio abierto. Otro rayo rasgó la negrura del cielo, y el techo, dividido en un millar de vidrios triangulares, se iluminó un instante con su luz cegadora. La oscuridad regresó después al museo, y con ella, el repiqueteo de la lluvia.

Le siguió el rugido del trueno, que retumbó en el pecho de Harry y en los cristales del techo. El guardia se agachó unos centímetros, temiendo que la inmensa estructura se viniera abajo.

Enfocando el haz de su linterna hacia el frente, cruzó el patio, en dirección al ala norte. Rodeó la Sala de Lectura central, justo antes de que cayera un nuevo rayo e iluminara el espacio durante unos instantes. Las gigantescas estatuas, engullidas por la oscuridad, aparecieron como salidas de la nada. El *León de Cnidos* erguía sus patas junto a la enorme cabeza de una estatua procedente de la Isla de Pascua. Al momento, la oscuridad volvió a devorar a estos guardianes, mientras el rayo se desvanecía en el firmamento.

Harry sintió un escalofrío que le puso la carne de gallina.

Aligeró la marcha, maldiciendo a cada paso.

—Malditos armatostes de mierda... —Su letanía le ayudó a tranquilizarse.

Llegó a las puertas del ala norte y las atravesó, siendo recibido por la familiar mezcla de moho y amoníaco. Se alegraba de volver a estar rodeado por paredes sólidas. Paseó el haz de su linterna a lo largo del vestíbulo. Todo parecía estar en orden, pero se le había ordenado que comprobara cada una de las galerías del ala. Realizó un cálculo mental rápido. Si se daba prisa, podría completar el circuito a tiempo para otro cigarrillo rápido. Con aquella atrayente promesa de nicotina, inició el recorrido por la sala, siempre precedido de la luz de su linterna.

El ala norte había acogido en sus salas la exposición del aniversario del museo, una colección etnográfica que representaba un recorrido completo de los logros de la humanidad, a lo largo de las diversas eras y culturas. Atravesó la galería egipcia, con sus momias y sarcófagos. Se apresuró a través de las otras galerías culturales: celta, bizantina, rusa y china. La entrada a cada conjunto de salas se encontraba protegida por una reja de seguridad, pero debido a la falta de electricidad, todas las rejas se habían bajado automáticamente.

Harry divisó por fin el fondo del vestíbulo.

La mayoría de las colecciones de las galerías, transferidas desde el Museo de la Humanidad para la celebración del aniversario, se exponían allí de manera temporal. Pero las piezas de arte del fondo de la galería llevaban en el museo desde siempre, por lo que recordaba Harry. Se trataba de la exposición árabe, una colección de valor incalculable que contaba con antigüedades procedentes de todos los rincones de la península arábiga. La galería había sido encargada y sufragada por una sola familia, una familia que se hizo rica gracias a sus operaciones petrolíferas en la región. Se decía que las donaciones para mantener una galería así de forma permanente en el Museo Británico superaban los cinco millones de libras anuales.

Uno tenía que respetar ese tipo de dedicación.

O tal vez no.

Con un bufido ante tal desperdicio de jugoso dinero, Harry pasó el haz de su linterna por la placa conmemorativa grabada que se encontraba sobre la puerta de entrada: GALERÍA KENSINGTON. También conocida como “El ático de la arpía”.

Aunque Harry no se había encontrado nunca con Lady Kensington, por lo que había oído decir a los empleados, quedaba claro que el más mínimo desaire a su galería, como polvo en una vitrina, una mancha en una cartulina informativa o una antigüedad que no estuviese colocada en la posición exacta, recibía la más dura reprimenda. La galería era su proyecto personal, y nadie resultaba inmune a su cólera. El huracán de su ira ocasionaba despidos, incluyendo la destitución de un antiguo director.

Esa preocupación fue la que hizo que Harry permaneciera en su puesto ante la reja de seguridad de la galería unos segundos más de lo normal. Con la linterna revisó el vestíbulo con una meticulosidad no habitual en él, pero todo parecía en orden.

Al darse la vuelta para marcharse, linterna en mano, un movimiento atrajo su atención por el rabillo del ojo.

Se quedó helado, con la linterna apuntando hacia el suelo.

En las profundidades de la Galería Kensington, en una de las salas principales, un resplandor azulado deambulaba lentamente, haciendo que las sombras se desplazaran a su paso.

Otra linterna... había alguien en la galería...

Harry sintió que el corazón se le salía por la garganta. Un robo. Se apoyó contra la pared de al lado, mientras sus dedos buscaban con dificultad la radio. Un trueno retumbó con oquedad sonora a lo largo de las paredes.

Consiguieron pulsar el botón de su radio.

—Tengo un posible intruso en el ala norte. Solicito órdenes.

Esperó a que su jefe de turno respondiera. Puede que Gene Johnson fuera un imbécil, pero había trabajado como oficial en las Fuerzas Aéreas, y conocía muy bien su trabajo.

La voz respondió a su llamada, pero los fallos de señal se comieron la mayoría de las palabras, posiblemente a causa de la interferencia de la tormenta eléctrica.

—... posible... seguro?... y espera a que... las rejas forzadas?

Harry desvió la mirada a las rejas de seguridad bajadas. Obviamente, debería haber comprobado si las habían forzado. Cada galería tenía una sola puerta al pasillo. La otra forma de entrar a las salas selladas era a través de las elevadas ventanas, pero estaban protegidas contra intrusión o robo. Y aunque la tormenta hubiera cortado el suministro eléctrico, los generadores de emergencia mantenían la red de seguridad en funcionamiento. No se había disparado ninguna alarma en el puesto de mando central.

Harry imaginó que Johnson ya habría conectado las cámaras de su ala, centrándose en las de la Galería Kensington. Se atrevió a echar un vistazo al interior de las cinco salas. El resplandor continuaba moviéndose en el interior de la galería. Su ruta parecía casual, no como el rumbo decidido de un ladrón. Comprobó la reja de seguridad. La lucecita verde del bloqueo electrónico confirmaba que no había sido forzada.

Volvió a fijarse en el resplandor. Tal vez no fuera más que la luz del faro de algún coche, que se hubiera colado a través de las ventanas de la galería.

La entrecortada voz de Johnson por la radio le sobresaltó.

—No registro nada en el vid... la cámara cinco no funciona. Quédate quieto... otros de camino. —El resto de palabras desapareció con las interferencias de la tormenta eléctrica.

Harry permaneció junto a la reja. Otros guardias de apoyo venían

en su ayuda. ¿Y si no se tratara de un intruso? ¿Y si no fuera más que el barrido de unos faros? Ya se encontraba en la cuerda floja con Fleming, lo último que necesitaba era quedar como un idiota.

Se arriesgó y levantó la linterna.

—¡Eh, tú! —gritó.

No se produjo ninguna retirada precipitada, tan sólo la continuación de su lento divagar. Ningún ladrón podía tener tanta sangre fría.

Harry cruzó al otro lado de las rejas electrónicas y utilizó su llave maestra para desconectarla. Los sellos magnéticos quedaron abiertos. Levantó la reja lo suficiente como para colarse por debajo y entró en la primera sala. Se puso en pie y levantó la linterna de nuevo. Se negaba a que un instante de pánico momentáneo pudiera causarle el bochorno posterior. Debería haber investigado antes de hacer saltar la alarma.

Pero el daño ya estaba hecho, y lo mejor sería intentar ahorrarse más problemas resolviendo el misterio por sí mismo.

Por si acaso, volvió a apelar a un posible intruso.

—¡Seguridad! ¡No se mueva!

Pero su grito no produjo ningún efecto. El resplandor siguió su camino, serpenteante pero continuado, a través de la galería.

Echó una mirada al otro lado de la reja. Los demás llegarían en un minuto.

—Maldita sea —murmuró en voz baja.

Se apresuró hacia el interior de la galería, en busca de la luz, y decidido a averiguar la causa antes de que llegaran los demás.

Con apenas un rápido vistazo, pasó junto a tesoros de importancia imperecedera y valor incalculable: vitrinas de cristal que contenían tablillas de arcilla del rey asirio Asurbanipal; descomunales estatuas de arenisca que databan de antes de los persas; espadas y armas de todas las eras; objetos de marfil fenicio que representaban vetustos reyes y reinas; incluso un ejemplar de la primera edición de *Las mil y una noches*, todavía con su título original, *Hazar Afsanah*.

Harry barrió con la linterna las salas, avanzando de una dinastía a otra, de los tiempos de las cruzadas al nacimiento de Cristo, de las glorias de Alejandro Magno a la era del rey Salomón y la reina de Saba.

Por fin llegó a la sala más alejada, y una de las de mayor tamaño. Ésta contenía objetos de más interés para un naturalista, procedentes de la

misma región: piedras y joyas excepcionales, restos fosilizados y herramientas del Neolítico.

La fuente del resplandor se hizo más clara. Cerca del centro de la cámara abovedada, una esfera de luz azul, de medio metro de altura, flotaba perezosamente por la habitación. Su brillante superficie parecía estar cubierta por una llama de queroseno azul centelleante.

Mientras Harry la observaba, el globo atravesó una vitrina de cristal como si fuese aire. Se quedó atónito. Percibió cierto olor a azufre, proveniente de la bola de luz azulina.

A continuación, el globo rodó sobre una de las luces de seguridad rojas, apagándola con un ligero crepitar que hizo a Harry retroceder un paso. Seguramente, la cámara cinco habría corrido la misma suerte en la sala que había dejado atrás. Miró hacia la cámara de esa sala, todavía en funcionamiento.

Como si percibiera su atención, Johnson volvió a hablar por la radio, pero esta vez, por alguna razón, sin interferencia alguna.

—Harry, creo que deberías salir de ahí.

Pero el guardia permaneció inmóvil, en parte por miedo y en parte por asombro. Además, fuese lo que fuese aquel fenómeno, se estaba alejando de él, flotando hacia la esquina oscura de la sala.

El resplandor del globo iluminó un trozo de metal contenido en una vitrina. Se trataba de un fragmento de hierro rojizo, del tamaño de un ternero, un ternero recostado. La cartulina informativa lo describía como un camello. El parecido quedaba un poco turbio, pero Harry comprendió la supuesta representación. El objeto había sido encontrado en el desierto.

El resplandor se mantuvo inmóvil en el aire sobre el camello de hierro.

Harry retrocedió un paso y levantó la radio.

—¡Dios mío!

La brillante bola de luz cayó, atravesando el cristal y aterrizando sobre el camello. Su resplandor se apagó tan rápido como una vela extinguida.

La repentina oscuridad cegó a Harry durante un instante. Apuntó con la linterna. El camello de hierro continuaba allí, en el interior de su vitrina, intacto.

—Se ha ido.

—¿Estás bien?

—Sí. ¿Qué diablos era eso?

Johnson respondió con matices de incredulidad en su voz.

—Una puñetera bola de luz, tal vez procedente de la tormenta, no tengo ni idea. He oído historias de tipos que han visto cosas similares al atravesar los truenos de una tormenta a bordo de aviones de combate. La tormenta debe haberlo enviado hasta ahí. ¡Pero diablos, cómo brillaba!

Pues ya no brilla más, pensó Harry con un suspiro, mientras sacudía la cabeza. Fuese lo que fuese, al menos le había ahorrado el bochorno y las burlas de los compañeros.

Bajó la linterna, pero aunque había apartado la luz, el camello de hierro continuaba resplandeciendo en la oscuridad, con un color rojizo intenso.

—¿Y ahora qué diablos pasa? —murmuró Harry, levantando de nuevo la radio. En su dedo sintió una fuerte descarga de electricidad estática. Maldiciendo entre dientes, sacudió el dedo y se acercó el aparato a la boca—. Aquí pasa algo raro. No creo que...

El resplandor del hierro comenzó a brillar con fuerza. Harry cayó hacia atrás, mientras el hierro empezaba a fluir por la superficie del camello, como si una lluvia ácida lo estuviese derritiendo. Y no fue el único en darse cuenta.

La radio rugió en su mano.

—¡Harry, sal de ahí corriendo!

No protestó. Giró sobre sus talones, pero ya era demasiado tarde.

La vitrina saltó en pedazos. Varios fragmentos de cristal, cortantes como cuchillos, se le clavaron en el costado izquierdo, mientras otro afilado pedazo le cortaba en la mejilla. Pero no llegó a sentir el dolor de los cortes, ya que una onda de calor descomunal y abrasadora le golpeó por detrás, quemándole y consumiendo todo el oxígeno.

Un grito jamás pronunciado se ahogó entre sus labios.

La explosión que se produjo a continuación arrancó el cuerpo de Harry del suelo y lo lanzó a través de toda la galería. Pero sólo huesos en llamas alcanzaron la reja de seguridad, fundiéndose sobre la parrilla de acero.